

de los que les habían dicho sus antepasados que vendrían á señorear aquesta tierra. Aquí es donde dice el coronista Gómora muchas cosas que no le dieron buena relacion. Dejallos hé aquí, y diré lo que mas nos acaesció.

CAPITULO XXXIX.

Cómo fué Tendile á hablar á su señor Montezuma y llevar el presente, y lo que hicimos en nuestro real.

Desde que se fué Tendile con el presente que el capitán Cortés le dió para su señor Montezuma, é había quedado en nuestro real el otro gobernador que se decia Pitalpitoque, quedó en unas chozas apartadas de nosotros, y allí trajeron indios para que hiciesen pan de su maíz, y gallinas, fruta y pescado, y de aquella proveían á Cortés y á los capitanes que comían con él (que á nosotros los soldados, si no lo mariscábamos ó íbamos á pescar, no lo teníamos); y en aquella sazón vinieron muchos indios de los pueblos por mí nombrados, donde eran gobernadores aquellos criados del gran Montezuma, y traían algunos dellos oro y joyas de poco valor y gallinas á trocar por nuestros rescates, que eran cuentas verdes, diamantes y otras cosas, y con aquellos nos sustentábamos, porque comunmente todos los soldados traíamos rescate, como teníamos aviso cuando lo de Grijalva que era bueno traer cuentas, y en esto pasaron seis ó siete días; y estando en esto vino el Tendile una mañana con mas de cien indios cargados, y venía con ellos un gran cacique mejicano, y en el rostro, facciones y cuerpo se parecia al capitán Cortés, y adrede lo envió el gran Montezuma; porque, según dijeron, cuando á Cortés le llevó Tendile dibujada su misma figura, todos los principales que estaban con Montezuma dijeron que un principal que se decia Quintalbor se le parecia á lo propio á Cortés, que así se llamaba aquel gran cacique que venía con Tendile; y como parecia á Cortés, así le llamábamos en el real Cortés allá, Cortés acullá. Volvamos á su venida y lo que hicieron en llegando donde nuestro capitán estaba, y fué que besó la tierra con la mano, y con braseros que traían de barro, y en ellos de su incienso le zahumaron, y á todos los demás soldados que allí cerca nos hallamos; y Cortés les mostró mucho amor y asentólos cabe sí; é aquel principal que venía con aquel presente traía cargo juntamente de hablar con el Tendile (ya he dicho que se decia Quintalbor); y después de haberle dado el parabien venido á aquella tierra, y otras muchas pláticas que pasaron, mandó sacar el presente que traían encima de unas esteras que llaman petates, y tendidas otras mantas de algodón encima dellas, lo primero que dió fué una rueda de hechura de sol, tan grande como de una carreta, con muchas labores, todo de oro muy fino, gran obra de mirar, que valia, á lo que después dijeron que le habían pesado, sobre veinte mil pesos de oro, y otra mayor rueda de plata, figurada la luna con muchos resplandores, y otras figuras en ella, y esta era de gran peso, que valia mucho, y trujo el casco lleno de oro en granos crespos como lo sacan de las minas, que valia tres mil pesos. Aquel oro del casco tuvimos en mas, por saber cierto que había buenas minas, que si trujeran treinta mil pesos. Mas trajo veinte ánades de oro, de

muy prima labor y muy al natural, é unos como perros de los que entre ellos tienen, y muchas piezas de oro figuradas, de hechura de tigres y leones y monos, y diez collares hechos de una hechura muy prima, é otros pinjantes, é doce flechas y arco con su cuerda, y dos varas como de justicia, de largo de cinco palmas, y todo esto de oro muy fino y de obra vaciadiza; y luego mandó traer penachos de oro y de ricas plumas verdes y otras de plata, y aventadores de lo mismo, pues venados de oro sacados de vaciadizo; é fueron tantas cosas, que, como há ya tantos años que pasó, no me acuerdo de todo; y luego mandó traer allí sobre treinta cargas de ropa de algodón tan prima y de muchos géneros de labores, y de pluma de muchos colores, que por ser tantos no quiero en ello mas meter la pluma, porque no lo sabré escribir. Y después de haberlo dado, dió aquel gran cacique Quintalbor y el Tendile á Cortés que recibía aquello con la gran voluntad que su señor se lo envía, é que lo reparta con los teules que consigo trae; y Cortés con alegría los recibió; y dijeron á Cortés aquellos embajadores que le querían hablar lo que su señor Montezuma le envía á decir. Y lo primero que le dijeron, que se ha holgado que hombres tan esforzados vengan á su tierra, como le han dicho que somos, porque sabía lo de Tabasco; y que deseara mucho ver á nuestro gran emperador, pues tan gran señor es, pues de tan léjas tierras como venimos tiene noticia dél, é que le enviará un presente de piedras ricas, é que entre tanto que allí en aquel puerto estuviéremos, si en algo nos puede servir que lo hará de buena voluntad; é cuanto á las vistas, que no curasen dellas, que no había para qué; poniendo muchos inconvenientes. Cortés les tornó á dar las gracias con buen semblante por ello, y con muchos halagos dió á cada gobernador dos camisas de holanda y diamantes azules y otras cosillas, y les rogó que volviesen por su embajador á Méjico á decir á su señor el gran Montezuma que, pues habíamos pasado tantas mares y veníamos de tan léjas tierras solamente por le ver y hablar de su persona á la suya, que así se volviese, que no lo recebería de buena manera nuestro gran rey y señor, y que adonde quiera que estuviere le quiere ir á ver y hacer lo que mandare. Y los embajadores dijeron que irían y se lo dirían; mas que las vistas que dice, que entienden que son por demás. Y envió Cortés con aquellos mensajeros á Montezuma de la pobreza que traíamos, que era una copa de vidrio de Florencia, labrada y dorada, con muchas arboledas y monterías que estaban en la copa, y tres camisas de holanda, y otras cosas, y les encomendó la respuesta. Fuéronse estos dos gobernadores, y quedó en el real Pitalpitoque, que parece ser le dieron cargo los demás criados de Montezuma para que trujese la comida de los pueblos mas cercanos. Dejallos hé aquí, y diré lo que en nuestro real pasó.

CAPITULO XL.

Cómo Cortés envió á buscar otro puerto y asiento para poblar, y lo que sobre ello se hizo.

Despachados los mensajeros para Méjico, luego Cortés mandó ir dos navíos á descubrir la costa adelante, y por capitán dellos á Francisco de Montejo, y le man-

dó que siguiere el viaje que habíamos llevado con Juan de Grijalva, porque el mismo Montejo había venido en nuestra compañía y del Grijalva, y que procurase buscar puerto seguro y mirase por tierras en que pudiésemos estar, porque bien via que en aquellos arenales no nos podíamos valer de mosquitos y estar tan léjos de poblaciones; y mandó al piloto Alamínos y Juan Alvarez el Manquillo, fuesen por pilotos, porque sabían aquella derrota, y que diez días navegase costa á costa todo lo que pudiesen; y fueron de la manera que les fué dicho é mandado, y llegaron al paraje del río Grande, que es cerca de Panuco, adonde otra vez llegamos cuando lo del capitán Juan de Grijalva, y desde allí adelante no pudieron pasar, por las grandes corrientes. Y viendo aquella mala navegacion, dió la vuelta á San Juan de Ulúa, sin mas pasar adelante, ni otra relacion, excepto que doce leguas de allí habían visto un pueblo como fortaleza, el cual pueblo se llamaba Quiahuistlan, y que cerca de aquel pueblo estaba un puerto que le parecia al piloto Alamínos que podrían estar seguros los navíos del norte; púsosele un nombre feo, que es el tal de Bernal, que parecia á otro puerto que hay en España que tenía aquel propio nombre feo; y en estas idas y venidas se pasaron al Montejo diez ó doce días. Y volveré á decir que el indio Pitalpitoque, que quedaba para traer la comida, alojó de tal manera, que nunca mas trujo cosa ninguna; y teníamos entonces gran falta de mantenimientos, porque ya el cazabe amargaba de mohoso, podrido y sucio de fátulas, y si no íbamos á mariscar no comíamos, y los indios que solían traer oro y gallinas á rescatar, ya no venían tantos como al principio, y estos que acudían, muy recatados y medrosos; y estábamos aguardando á los indios mensajeros que fueron á Méjico por horas. Y estando desta manera, vuelve Tendile con muchos indios, y después de haber hecho el acato que suelen entre ellos de zahumar á Cortés y á todos nosotros, dió diez cargas de mantas de pluma muy fina y ricas, y cuatro chalchuites, que son unas piedras verdes de muy gran valor, y tenidas en mas estima entre ellos, mas que nosotros las esmeraldas, y es color verde, y ciertas piezas de oro, que dijeron que valia el oro, sin los chalchuites, tres mil pesos; y entonces vinieron el Tendile y Pitalpitoque, porque el otro gran cacique, que se decia Quintalbor, no volvió mas, porque había adolecido en el camino; y aquellos dos gobernadores se apartaron con Cortés y doña Marina y Aguilar, y le dijeron que su señor Montezuma recibió el presente y que se holgó con él, é que en cuanto á la vista, que no le hablen mas sobre ello, y que aquellas ricas piedras de chalchuites que las envía para el gran Emperador, porque son tan ricas, que vale cada una dellas una gran carga de oro, y que en mas estima las tenía, y que ya no cure de enviar mas mensajeros á Méjico. Y Cortés les dió las gracias con ofrecimientos; y ciertamente que le pesó á Cortés que tan claramente le decían que no podrían ver al Montezuma, y dijo á ciertos soldados que allí nos hallamos: «Verdaderamente debe de ser gran señor y rico, y si Dios quisiere, algun día le hemos de ir á ver.» Y respondimos los soldados: «Ya querríamos estar envueltos con él.» Dejemos por agora las vistas, y digamos que en aquella sazón era hora del Ave-

María, y en el real teníamos una campana, y todos nos arrodillamos delante de una cruz que teníamos puesta en un medaño de arena, el mas alto, y delante de aquella cruz decíamos la oracion de la Ave-Maria; y como Tendile y Pitalpitoque nos vieron así arrodillar, como eran indios muy entremetidos, preguntaron que á qué fin nos humillábamos delante de aquel palo hecho de aquella manera. Y como Cortés lo oyó, y el fraile de la Merced estaba presente, le dijo Cortés al fraile: «Bien es agora, Padre, que hay buena materia para ello, que les demos á entender con nuestras lenguas las cosas tocantes á nuestra santa fe;» y entonces se les hizo un tan buen razonamiento para en tal tiempo, que unos buenos teólogos no lo dijieran mejor; y después de declarado cómo somos cristianos é todas las cosas tocantes á nuestra santa fe que se convenian decir, les dijeron que sus ídolos son malos y que no son buenos; que huyen de donde está aquella señal de la cruz, porque en otra de aquella hechura padeció muerte y pasión el Señor del cielo y de la tierra y de todo lo criado, que es el en que nosotros adoramos y creemos, que es nuestro Dios verdadero, que se dice Jesucristo, y que quiso sufrir y pasar aquella muerte por salvar todo el género humano, y que resucitó al tercero día y está en los cielos, y que habemos de ser juzgados dél; y se les dijo otras muchas cosas muy perfectamente dichas, y las entendían bien, y respondían cómo ellos lo dirían á su señor Montezuma; y tambien se les declaró que una de las cosas por que nos envió á estas partes nuestro gran emperador fué para quitar que no sacrificasen ningunos indios ni otra manera de sacrificios malos que hacen, ni se robasen unos á otros, ni adorasen aquellas malditas figuras; y que les ruega que pongan en su ciudad, en los adoratorios donde están los ídolos que ellos tienen por dioses, una cruz como aquella, y pongan una imagen de nuestra Señora, que allí les dió, con su Hijo precioso en los brazos, y verán cuánto bien les va y lo que nuestro Dios por ellos hace. Y porque pasaron otros muchos razonamientos, é yo no los sabré escribir tan por extenso, lo dejaré, y traeré á la memoria que cómo vinieron con Tendile muchos indios esta postrera vez á rescatar piezas de oro, y no de mucho valor, todos los soldados lo rescatábamos; y aquel oro que rescatábamos dábamos á los hombres que traímos de la mar, que iban á pescar, á trueco de su pescado, para tener de comer; porque de otra manera pasábamos mucha necesidad de hambre, y Cortés se holgaba dello y lo disimulaba, aunque lo veía, y se lo decían muchos criados y amigos de Diego Velazquez que para qué nos dejaba rescatar. Y lo que sobre ello pasó diré adelante.

CAPITULO XLI.

De lo que se hizo sobre el rescatar del oro, y de otras cosas que en el real pasaron.

Como vieron los amigos de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, que algunos soldados rescatábamos oro, dijéronselo á Cortés que para qué lo consentía, y que no lo envié Diego Velazquez para que los soldados llevasen todo el mas oro, y que era bien mandar preguntar que no rescatasen mas de ahí adelante, sino fuese el mismo Cortés, y lo que hubiesen habido, que lo

manifestasen para sacar el real quinto, é que se pusiese una persona que fuese conveniente para cargo de tesoro. Cortés á todo dijo que era bien lo que decían, y que la tal persona nombrasen ellos; y señalaron á un Gonzalo Mejía. Y después desto hecho, les dijo Cortés, no de buen semblante: «Mirá, señores, que nuestros compañeros pasan gran trabajo de no tener con qué sustentarse, y por esta causa habíamos de disimular, porque todos comiesen; cuanto mas que es una miseria cuanto rescatan, que, mediante Dios, mucho es lo que habemos de haber, porque todas las cosas tienen su haz y envés; ya está pregonado que no rescatan mas oro, como habeis querido; verémos de qué comerémos.» Aquí es donde dice el coronista Gómora que lo hacia Cortés porque no creyese Montezuma que se nos daba nada por oro; y no le informaron bien, que desde lo de Grijalva en el rio de Banderas lo sabia muy claramente; y demás desto, cuando le enviamos á demandar el casco de oro en granos de las minas, y nos veían rescatar. Pues que, ¡gente mejicana para no entendedlo! Y dejemos esto pues dice que por informacion lo sabe; y digamos cómo una mañana no amaneció indio ninguno de los que estaban en las chozas, que solian traer de comer, ni los que rescataban, y con ellos Pitalpitoque, que sin hablar palabra se fueron huyendo; y la causa fué, segun después alcanzamos á saber, que se lo envió á mandar Montezuma, que no aguardasemas pláticas de Cortés ni de los que con él estábamos; porque parece ser cómo el Montezuma era muy devoto de sus idolos, que se decían Tezcatepuca y Huichilobos; el uno decían que era dios de la guerra, y el Tezcatepuca el dios del infierno, y les sacrificaba cada dia muchachos para que le diesen respuesta de lo que habia de hacer de nosotros, porque ya el Montezuma tenia pensamiento que si no nos tornábamos á ir en los navios, denos haber todos á las manos para que hiciésemos generacion, y tambien para tener que sacrificar; segun después supimos, la respuesta que le dieron sus idolos fué que no curase de oír á Cortés, ni las palabras que le enviaba á decir que tuviese cruz y la imagen de nuestra Señora, que no la trujesen á su ciudad; y por esta causa se fueron sin hablar. Y como vimos tal novedad, creímos que siempre estaban de guerra, y estábamos muy mas á punto apercebidos. Y un dia estando yo y otro soldado puestos por espías en unos arenales, vimos venir por la playa cinco indios, y por no hacer alboroto por poca cosa en el real, los dejamos allegar á nosotros, y con alegres rostros nos hicieron reverencia á su usanza, y por señas nos dijeron que los llevásemos al real; y yo dije á mi compañero que se quedase en el puesto, é yo iría con ellos, que en aquella sazón no me pesaban los piés como agora, que soy viejo; y cuando llegaron adonde Cortés estaba, le hicieron grande acato y le dijéron: «Lopelucio, lopelucio;» que quiere decir en la lengua totonaque, señor y gran señor; y traían unos grandes agujeros en los bezos de abajo, y en ellos unas rodajas de piedras pintadillas de azul, y otros con unas hojas de oro delgadas, y en las orejas muy grandes agujeros, y en ellos puestas otras rodajas de oro y piedras, y muy diferente traje y habla que traían á lo de los mejicanos que solian allí estar en los ranchos con

nosotros, que envió el gran Montezuma; y como doña Marina y Aguilar, las lenguas, oyeron aquello de lopelucio, no lo entendieron; dijo la doña Marina en la lengua mejicana que si habia allí entre ellos naeyauatos, que son intérpretes de la lengua mejicana; y respondieron los dos de aquellos cinco que sí, que ellos la entendían y hablarían; y dijeron luego en la lengua mejicana que somos bien venidos, é que su señor les enviaba á saber quién éramos, y que se holgara servir á hombres tan esforzados, porque parece ser ya sabían lo de Tabasco y lo de Potonchan; y mas dijeron, que ya hobieran venido á vernos, si no fuera por temor de los de Culúa, que debían estar allí con nosotros; y Culúa entiéndese por mejicanos, que es como si dijésemos cordobeses ó villanos; é que supieron que habia tres dias que se habian ido huyendo á sus tierras; y de plática en plática supo Cortés cómo tenia Montezuma enemigos y contrarios, de lo cual se holgó; y con dádivas y halagos que les hizo, despidió aquellos cinco mensajeros, y les dijo que dijesen á su señor que él los iría á ver muy presto. Á aquellos indios llamábamos desde allí adelante los lopelucios. Y dejellos he agora, y pasemos adelante y digamos que en aquellos arenales donde estábamos habia siempre muchos mosquitos zancudos, como de los chicos que llaman xexenes, y son peores que los grandes, y no podíamos dormir dellos, y no habia bastimentos, y el cazabe se apocaba, y muy mohoso y sucio de las fátulas, y algunos soldados de los que solian tener indios en la isla de Cuba suspirando continuamente por volverse á sus casas, y en especial los criados y amigos de Diego Velazquez. Y como Cortés así vido la cosa y voluntades, mandó que nos fuésemos al pueblo que habia visto el Montejó y el piloto Alaminos que estaba en fortaleza, que se dice Quiahuistlan, y que los navios estarían al abrigo del peñol por mí nombrado. Y como se ponía por la obra para nos ir, todos los amigos, deudos y criados del Diego Velazquez dijeron á Cortés que para qué queria hacer aquel viaje sin bastimentos, é que no tenia posibilidad para pasar mas adelante, porque ya se habian muerto en el real de heridas de lo de Tabasco y de dolencias y hambre sobre treinta y cinco soldados, y que la tierra era grande y las poblaciones de mucha gente, é que nos darian guerra un dia que otro; y que seria mejor que nos volviésemos á Cuba á dar cuenta á Diego Velazquez del oro rescatado, pues era cantidad, y de los grandes presentes de Montezuma, que era el sol de oro y la luna de plata y el casco de oro menudo de minas, y de todas las joyas y ropa por mí referidas. Y Cortés les respondió que no era buen consejo volver sin ver; porque hasta entonces que no nos podíamos quejar de la fortuna, é que diésemos gracias á Dios, que en todo nos ayudaba; y que en cuanto á los que se han muerto, que en las guerras y trabajos suele acontecer; y que seria bien saber lo que habia en la tierra, y que entre tanto del maíz que tenían los indios y pueblos cercanos comeríamos, ó mal nos andarían las manos. Y con esta respuesta se sosegó algo la parcialidad del Diego Velazquez, aunque no mucho; que ya habia corrillos dellos y plática en el real sobre la vuelta de Cuba. Y dejallo he aquí, y diré lo que mas avino.

CAPITULO XLII.

Cómo alzamos á Hernando Cortés por capitán general y justicia mayor hasta que su majestad en ello mandase lo que fuese servido, y lo que en ello se hizo.

Ya he dicho que en el real andaban los parientes y amigos del Diego Velazquez perturbando que no pasásemos adelante, y que desde allí de San Juan de Ulúa nos volviésemos á la isla de Cuba. Parece ser que ya Cortés tenia pláticas con Alonso Hernandez Puertocarrero y con Pedro de Albarado, y sus cuatro hermanos, Jorge, Gonzalo, Gomez y Juan, todos Albarados, y con Cristóbal de Oli, Alonso de Avila, Juan de Escalante, Francisco de Lugo, y conmigo é otros caballeros y capitanes, que le pidíésemos por capitán. El Francisco de Montejó bien lo entendió, y estabase á la mira; y una noche á mas de media noche vinieron á mi choza el Alonso Hernandez Puertocarrero y el Juan Escalante y Francisco de Lugo, que éramos algo deudos yo y el Lugo, y de una tierra, y me dijeron: «Ah señor Bernal Díez del Castillo, salí acá con vuestras armas á rondar, acompañarémos á Cortés, que anda rondando;» y cuando estuve apartado de la choza me dijeron: «Mirad, Señor, tened secreto de un poco que agora os queremos decir, porque pesa mucho, y no lo entiendan los compañeros que están en vuestro rancho, que son de la parte del Diego Velazquez;» y lo que platicaron fué: «¿Parécete, Señor, bien que Hernando Cortés así nos haya traído engañados á todos, y dió pregones en Cuba que venia á poblar, y ahora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar, y quieren que nos volvamos á Santiago de Cuba con todo el oro que se ha habido, y quedarémos todos perdidos, y tomarse ha el oro el Diego Velazquez, como la otra vez? Mirá, Señor, que habeis venido ya tres veces con esta postrera, gastando vuestros haberes, y habeis quedado empeñado, aventurando tantas veces la vida con tantas heridas; hacémoslo, Señor, saber, porque no pase esto adelante; y estamos muchos caballeros que sabemos que son amigos de vuestra merced, para que esta tierra se pueble en nombre de su majestad, y Hernando Cortés en su real nombre, y en teniendo que tengamos posibilidad hacedlo saber en Castilla á nuestro rey y señor. Y tenga, Señor, cuidado de dar el voto para que todos le elijamos por capitán de unánime voluntad, porque es servicio de Dios y de nuestro rey y señor.» Yo respondí que la ida de Cuba no era buen acuerdo, y que seria bien que la tierra se poblase, é que eligiésemos á Cortés por general y justicia mayor hasta que su majestad otra cosa mandase. Y andando de soldado en soldado este concierto, alcanzaronlo á saber los deudos y amigos del Diego Velazquez, que eran muchos mas que nosotros, y con palabras algo sobradas dijeron á Cortés que para qué andaba con mañas para quedarse en aquesta tierra sin ir á dar cuenta á quien le envió para ser capitán; porque Diego Velazquez no se lo ternía á bien; y que luego nos fuésemos á embarcar, y que no curase de mas rodeos y andar en secreto con los soldados, pues no tenia bastimentos ni gente ni posibilidad para que pudiese poblar. Y Cortés respondió sin mostrar enojo, y dijo que le placía, que no iria contra las instrucciones y memorias que traía del señor Diego Velazquez; y mandó lue-

go pregonar que para otro dia todos nos embarcásemos, cada uno en el navio que habia venido; y los que habíamos sido en el concierto le respondimos que no era bien traernos engañados; que en Cuba pregono que venia á poblar é que viene á rescatar, y que le requeriásemos de parte de Dios nuestro Señor y de su majestad que luego poblase, y no hiciese otra cosa, porque era muy gran bien y servicio de Dios y de su majestad; y se le dijeron muchas cosas bien dichas sobre el caso, diciendo que los naturales no nos dejarían desembarcar otra vez como ahora, y que en estar poblada aquesta tierra siempre acudirían de todas las islas soldados para nos ayudar, y que Velazquez nos habia echado á perder con publicar que tenia provisiones de su majestad para poblar, siendo al contrario; é que nosotros queríamos poblar, é que se fuese quien quisiese á Cuba. Por manera que Cortés lo aceptó, y aunque se hacia mucho de rogar, y como dice el refrán: «Tú me lo ruegas é yo me lo quiero;» y fue con condicion que le hiciésemos justicia mayor y capitán general; y lo peor de todo que le otorgamos, que le daríamos el quinto del oro de lo que se hubiese, después de sacado el real quinto, y luego le dimos poderes muy bastantísimos delante de un escribano del Rey, que se decia Diego de Godoy, para todo lo por mí aquí dicho. Y luego ordenamos de hacer y fundar é poblar una villa, que se nombró la villa rica de la Veracruz, porque llegamos juéves de la Cena, y desembarcamos en viérnes santo de la Cruz, é rica por aquel caballero que dije en el capítulo, que se llegó á Cortés y le dijo que mirase las tierras ricas; y que se supiese bien gobernar, é quiso decir que se quedase por capitán general; el cual era el Alonso Hernandez Puertocarrero. Y volvamos á nuestra relacion: que fundada la villa, hicimos alcalde y regidores, y fueron los primeros alcaldes Alonso Hernandez Puertocarrero, Francisco de Montejó, y á este Montejó, porque no estaba muy bien con Cortés, por metelle en los primeros y principal, le mandó nombrar por alcalde; y los regidores dejellos he de escribir, porque no hace al caso que nombre algunos, y diré cómo se puso una picota en la plaza, y fuera de la villa una horca, y señalamos por capitán para las entradas á Pedro de Albarado, y maestre de campo á Cristóbal de Oli, alguacil mayor á Juan de Escalante, y tesorero Gonzalo Mejía, y contador á Alonso de Avila, y alférez á Hulano Corral, porque el Villareal, que habia sido alférez, no sé qué enojo habia hecho á Cortés sobre una india de Cuba, y se le quitó el cargo; y alguacil del real á Ochoa, vizcaíno, y á un Alonso Romero. Dirán ahora cómo no nombro en esta relacion al capitán Gonzalo de Sandoval, siendo un capitán tan nombrado, que después de Cortés, fué la segunda persona, y de quien tanta noticia tuvo el Emperador nuestro señor. A esto digo que, como era mancebo entonces, no se tuvo tanta cuenta con él y con otros valerosos capitanes; que le vimos florecer en tanta manera, que Cortés y todos los soldados le teníamos en tanta estima como al mismo Cortés, como adelante diré. Y quedarse ha aquí esta relacion; y diré cómo el coronista Gómora dice que por relacion sabe lo que escribe; y esto que aquí digo, pasó así; y en todo lo demás que escribe no le dieron buena

cuenta de lo que dice. E otra cosa veo, que para que parezca ser verdad lo que en ello escribe, todo lo que en el caso pone es muy al revés, por mas buena retórica que en el escribir ponga. Y dejallo he, y diré lo que la parcialidad del Diego Velazquez hizo sobre que no fuese por capitán elegido Cortés, y nos volviésemos á la isla de Cuba.

CAPITULO XLIII.

Cómo la parcialidad de Diego Velazquez perturbaba el poder que habíamos dado á Cortés, y lo que sobre ello se hizo.

Y desde que la parcialidad de Diego Velazquez vieron que de hecho habíamos elegido á Cortés por capitán general y justicia mayor, y nombrada la villa y alcaldes y regidores, y nombrado capitán á Pedro de Albarado, y alguacil mayor y maestre de campo y todo lo por mí dicho, estaban tan enojados y rabiosos, que comenzaron á armar bandos é chirinolas, y aun palabras muy mal dichas contra Cortés y contra los que le elegimos, é que no era bien hecho sin ser sabidores dello todos los capitanes y soldados que allí venían, y que no le dió tales poderes el Diego Velazquez, sino para rescatar, y harto teníamos los del bando de Cortés de mirar que no se desvergonzasen mas y viniésemos á las armas; y entonces avisó Cortés secretamente á Juan de Escalante que le hiciésemos parecer las instrucciones que traía del Diego Velazquez; por lo cual luego Cortés las sacó del seno y las dió á un escribano del Rey que las leyese, y decía en ellas: «Desde que hubiéredes rescatado lo mas que pudiéredes, os volveréis;» y venían firmadas del Diego Velazquez y refrendadas de su secretario Andrés de Duero. Pedimos á Cortés que las mandase encorporar juntamente con el poder que le dimos, y asimismo el pregon que se dió en la isla de Cuba; y esto fue á causa que su majestad supiese en España cómo todo lo que hacíamos era en su real servicio, y no nos levantasen alguna cosa contraria de la verdad; y fué harto buen acuerdo segun en Castilla nos trataba don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano, que así se llamaba; lo cual supimos por muy cierto que andaba por nos destruir, y todo por ser mal informado, como adelante diré. Hecho esto, volvieron otra vez los mismos amigos y criados del Diego Velazquez á decir que no estaba bien hecho haberle elegido sin ellos, é que no querían estar debajo de su mandado, sino volverse luego á la isla de Cuba; y Cortés les respondió que él no deternía á ninguno por fuerza, é á cualquiera que le viniese á pedir licencia se la daría de buena voluntad, aunque se quedase solo; y con esto los aseogó á algunos dellos, excepto al Juan de Velazquez de Leon, que era pariente del Diego Velazquez, é á Diego de Ordás, y á Escobar, que llamábamos el Paje porque habia sido criado del Diego Velazquez, y á Pedro Escudero y á otros amigos del Diego Velazquez; y á tanto vino la cosa, que poco ni mucho le querían obedecer, y Cortés con nuestro favor determinó de prender al Juan Velazquez de Leon, y al Diego de Ordás, y á Escobar el Paje, é á Pedro Escudero, y á otros que ya no me acuerdo; y por los demás mirábamos no hubiese algun ruido, y estuvieron presos con cadenas y velas que les mandaba poner ciertos dias. Y pasaré adelante, y diré cómo fué Pedro

de Albarado á entrar en un pueblo cerca de allí. Aquí dice el coronista Gómora en su Historia muy al contrario de lo que pasó, y quien viere su Historia verá ser muy extremado en hablar, é si bien le informaran, él dijera lo que pasaba; mas todo es mentiras.

CAPITULO XLIV.

Cómo fue ordenado de enviar á Pedro de Albarado la tierra adentro á buscar maíz y bastimentos, y lo que mas pasó.

Ya que habíamos hecho y ordenado lo por mí aquí dicho, acordamos que fuese Pedro de Albarado la tierra adentro á unos pueblos que teníamos noticia que estaban cerca, para que viese qué tierra era y para traer maíz é algun bastimento, porque en el real pasábamos mucha necesidad; y llevó cien soldados, y entre ellos quince ballesteros y seis escopeteros, y eran destos soldados mas de la mitad de la parcialidad de Diego Velazquez, y quedamos con Cortés todos los de su bando, por temor no hubiese mas ruido ni chirinola y se levantasen contra él, hasta asegurar mas la cosa; y desta manera fué el Albarado á unos pueblos pequeños, sujetos de otro pueblo que se decía Costastlan, que era de lengua de Culúa; y este nombre de Culúa es en aquella tierra como si diesen los romanos hallados; así es toda la lengua de la parcialidad de Méjico y de Montezuma; y á este fin en toda aquesta tierra cuando dijere Culúa son vasallos y sujetos á Méjico, y así se ha de entender. Y llegado Pedro de Albarado á los pueblos, todos estaban despoblados de aquel mismo dia, y halló sacrificados en unos cues hombres y muchachos, y las paredes y altares de sus ídolos con sangre, y los corazones presentados á los ídolos; y tambien hallaron las piedras sobre que los sacrificaban, y los cuchillazos de pedernal con que los abrían por los pechos para les sacar los corazones. Dijo el Pedro de Albarado que habian hallado todos los mas de aquellos cuerpos sin brazos y piernas. E que dijeron otros indios que los habian llevado para comer; de lo cual nuestros soldados se admiraron mucho de tan grandes crueldades. Y dejemos de hablar de tanto sacrificio, pues dende allí adelante en cada pueblo no hallábamos otra cosa. Y volvamos á Pedro de Albarado, que aquellos pueblos los halló muy abastecidos de comida y despoblados de aquel dia de indios, que no pudo hallar sino dos indios que le trajeron maíz; y así, hubo de cargar cada soldado de gallinas y de otras legumbres; y volvióse al real sin mas daño les hacer, aunque halló bien en qué, porque así se lo mandó Cortés, que no fuese como lo de Cozumel; y en el real nos holgamos con aquel poco bastimento que trujo, porque todos los males y trabajos se pasan con el comer. Aquí es donde dice el coronista Gómora que fué Cortés la tierra adentro con cuatrocientos soldados; no le informaron bien, que el primero que fué es el por mí aquí dicho, y no otro. Y tornemos á nuestra plática: que como Cortés en todo ponía gran diligencia, procuró de hacerse amigo con la parcialidad del Diego Velazquez, porque á unos con dádivas del oro que habíamos habido, que quebranta peñas, é otros prometimientos, los atrajo á sí y los sacó de las prisiones, excepto Juan Velazquez de Leon y al Diego de Ordás, que estaban en cadenas en los navíos, y dende á pocos dias tambien los

sacó de las prisiones, y hizo tan buenos y verdaderos amigos dellos como adelante verán, y todo con el oro, que lo amansa. Y á todas las cosas puestas en este estado, acordamos de nos ir al pueblo que estaba en la fortaleza, ya otra vez por mí memorado, que se dice Quiahuistlan, y que los navíos se fuesen al peñol y puerto que estaba enfrente de aquel pueblo obra de una legua dél; é yendo costa á costa, acuérdomes que se mató un gran pescado que le echó la mar en la costa en seco, y llegamos á un rio donde está poblada ahora la Veracruz, y venia algo hondo, y con unas cañas quebradas lo pasamos, yo á nado y en balsas, y de aquella parte del rio estaban unos pueblos sujetos á otro gran pueblo que se decía Cempoal, donde eran naturales los cinco indios de los bezotes de oro que he dicho que vinieron por mensajeros á Cortés, que les llamamos lopelucios en el real, y hallamos las casas de ídolos y sacrificadores, y sangre derramada y enciensos con que zahumaban, y otras cosas de ídolos y de piedras con que sacrificaban, y plumas de papagayos y muchos libros de su papel cosidos á dobleces, como á manera de paños de Castilla, y no hallamos indios ningunos, porque se habian ya huido; que, como no habian visto hombres como nosotros ni caballos, tuvieron temor, y allí aquella noche no hubo qué cenar; caminamos la tierra adentro hácia el poniente, y dejamos la costa, y no sabíamos el camino, y topamos unos buenos prados que llaman habanas, y estaban paciendo unos venados, y corrió Pedro de Albarado con su yegua alazana tras un venado y le dió una lanzada, y herido, se metió por un monte, que no se pudo haber. Y estando en esto, vimos venir doce indios que eran vecinos de aquellas estancias donde habíamos dormido, y venian de hablar á su cacique, y traían gallinas y pan de maíz, y dijeron á Cortés con nuestras lenguas que su señor enviaba aquellas gallinas que comiésemos, y nos rogaba que fuésemos á su pueblo, que estaba de allí, á lo que señalaron, andadura de un dia, porque es un sol; y Cortés les dió las gracias y los halagó, y caminamos adelante y dormimos en otro pueblo pequeño, que tambien tenia hechos muchos sacrificios. Y porque estarán hartos de oír de tantos indios é indias que hallábamos sacrificados en todos los pueblos y caminos que topábamos, pasaré adelante sin tornar á decir de qué manera é qué cosas tenian; y diré cómo nos dieron en aquel pueblezuelo de cenar, y supimos que era por Senipoal el camino para ir al Quiahuistlan, que ya he dicho que estaba en una sierra, y pasaré adelante, y diré cómo entramos en Cempoal.

CAPITULO XLV.

Cómo entramos en Cempoal, que en aquella sazón era muy buena poblacion, y lo que allí pasamos.

Y como dormimos en aquel pueblo donde nos aposentaron los doce indios que he dicho, y después de bien informados del camino que habíamos de llevar para ir al pueblo que estaba en el peñol, muy de mañana se lo hicimos saber á los caciques de Cempoal cómo íbamos á su pueblo, y que lo tuviesen por bien; y para ello envió Cortés los seis indios por mensajeros, y los otros seis quedaron para que nos guiasen; y mandó Cortés poner en orden los tiros y escopetas y ballesteros, y

siempre corredores del campo descubriendo, y los de á caballo y todos los demás muy apercebidos. Y desta manera caminamos hasta que llegamos una legua del pueblo; é ya que estábamos cerca dél, salieron veinte indios principales á nos recibir de parte del Cacique, y trujeron unas piñas rojas de la tierra, muy olorosas, y las dieron á Cortés y á los de á caballo con gran amor, y le dijeron que su señor nos estaba esperando en los aposentos, y por ser hombre muy gordo y pesado no podía venir á nos recibir; y Cortés les dió las gracias, y se fueron adelante. E ya que íbamos entrando entre las casas, desde que vimos tan gran pueblo, y no habíamos visto otro mayor, nos admiramos mucho dello; y como estaba tan vicioso y hecho un verjel, y tan poblado de hombres y mujeres las calles llenas que nos salían á ver, dábamos muchos loores á Dios, que tales tierras habíamos descubierto; y nuestros corredores del campo, que iban á caballo, parece ser llegaron á la gran plaza y patios donde estaban los aposentos, y de pocos dias, segun pareció, teníanlos muy encalados y relucientes, que lo saben muy bien hacer, y pareció al uno de los de á caballo que era aquello blanco que relucia plata, y vuelve á rienda suelta á decir á Cortés cómo tenían las paredes de plata. Y doña Marina é Aguilar dijeron que seria yeso ó cal, y tuvimos bien que reír de su plata é frenesí, que siempre después le decíamos que todo lo blanco le parecia plata. Dejemos de la burla, y digamos cómo llegamos á los aposentos, y el cacique gordo nos salió á recibir junto al patio, que porque era muy gordo así le nombraré, é hizo muy gran reverencia á Cortés y le zahumó, que así lo tenían de costumbre, y Cortés le abrazó, y allí nos aposentaron en unos aposentos harto buenos y grandes, que cabíamos todos, y nos dieron de comer y pusieron unos cestos de ciruelas, que habia muchas, porque era tiempo dellas, y pan de maíz; y como veníamos hambrientos, y no habíamos visto otro tanto bastimento como entonces, pusimos nombre á aquel pueblo Villaviciosa, y otros le nombraron Sevilla. Mandó Cortés que ningun soldado les hiciese enojo ni se apartase de aquella plaza. Y cuando el cacique gordo supo que habíamos comido, le envió á decir á Cortés que le quería ir á ver, é vino con buena copia de indios principales, y todos traían grandes bocetes de oro é ricas mantas; y Cortés tambien les salió al encuentro del aposento, y con grandes caricias y halagos le tornó á abrazar; y luego mandó el cacique gordo que trujesen un presente que tenia aparejado de cosas de joyas de oro y mantas, aunque no fué mucho, sino de poco valor, y le dijo á Cortés: «Lopelucio, lopelucio, recibe esto de buena voluntad;» é que si mas tuviera, que se lo diera. Ya he dicho que en lengua totonaque dijeron señor y gran señor, cuando dicen lopelucio, etc. Y Cortés le dijo con doña Marina é Aguilar que él se lo pagaría en buenas obras, é que lo que hubiese menester, que se lo dijese, que lo haria por ellos; porque somos vasallos de un tan gran señor, que es el emperador don Carlos, que manda muchos reinos y señoríos, y que nos envia para deshacer agravios y castigar á los malos, y mandar que no sacrificasen mas ánimas; y se les dió á entender otras muchas cosas tocantes á nuestra santa fe. Y luego como aquello oyó el cacique gor-